

Nara Mansur

Educación sentimental

Personajes:

Linda Correa es HIJA y es ELLA

Juan Estévez es ÉL

La madre de Linda es MADRE

GALA INAUGURAL (PROGRAMA)

No pase por favor.

Los señores están de luto.

Las ofrendas han sido suspendidas hasta nuevo aviso.

La señorita Linda (gracias por la costurita, dice Blanquita) está en la capilla C de la funeraria de Santa Catalina.

El caballero Juan se ha marchado de viaje otra vez. Y la señora no recibe el pésame hasta después de la siesta.

Silencio, silencio, todo el mundo.

Hay perro. Y muerde.

Sí. Resultó seropositiva, incluso antes que él, su sangre está maldita.

Sí, hay problemas en la familia, y serios. Hay ladrones y locos.

Casi todos hablan solos, no confían en sí mismos.

JUAN ESTÉVEZ (EL HOMBRE) RECUERDA

Juan despide el duelo. Está delante del cadáver de Linda Correa. Está borracho como una uva, delira, dice la verdad, se culpa, se justifica, alucina, habla como un escritor que tira sus últimos cartuchos.

Ella, que había recobrado el valor de estar en su cama sola, con una copa de vino, con una hermosa copa ámbar de burbujas adheridas, me ama bastante bien. Lo hace con más naturalidad que la luz. Entro a su habitación y me hace creer que soy un ladrón y que nunca antes había sentido miedo.

¿Sabe usted qué es el miedo? ¿Cómo es sentir miedo?

Hago bromas sobre los ratones, naturalmente. (Uhhh, hay un guayabito debajo de la mesita de noche, Linda, ¡¡¡yuju!!!!) Comprendo cuán ridículo es quedarse con nosotros. (Digo, para el ratón.) Ella respondió en esa ocasión: ¿por qué, por qué, por qué me tuvo que pasar esto?

O quizá me dijo: ¿Por qué me tuvo que pasar esto a mí, Juan?

¿Por qué no matarla, entonces?, me dicta el gran oso. (Y así pongo el oso a trabajar.) O al guayabito si no.

La luz de su cuarto era lo menos duradero del romance. Demasiada luz en este país. Ese tipo de habitación donde uno se siente a solas en el mundo, un mundo a solas, un mundo en el que sólo hay mujeres solas. Y todas están desesperadas porque uno las monte.

Deduzco su pena, claro. Intuyo su pérdida, naturalmente.

El retrato del padre está muy próximo al lugar donde más le gusta poner la bandejita con los vasos de vino. Se hizo una mujer lejos de su padre.

Ese día yo llevé uno de sus vestidos a la modista, tenía que recogerle un poco de ancho, cada vez está más enjuta. Cada vez estaba más puta. Y sin embargo, yo no me siento nada aún. No entiendo por qué se ensañó con Linda de esa manera. Tuve un segundo momento para la venganza. Ahí se me puso tiesa como un palo, y lo derramé todo en el licor, para el próximo visitante (me gusta dejar este tipo de obsequio, después de todo, si yo entré primero).

Después tuve sueño. Después soñé con un gran angelote que se me metía por todos lados, soñé con los rebullones, que me sacaban la sangre a pedazos, ay, coño, ay, qué rico. Me acerco a sus pensamientos, a sus labios mordisqueados por los ratones y por mí... Ya estoy delante de la puerta de su casa. ¿Entonces? ¿Ya estás muerta? ¿Ya murió? ¿Es esto el cadáver de Linda Correa?... La venganza del amor, eso es... ¿Será posible?

Mirándome tiernamente, así la recuerdo siempre, pesando lo que le venían a vender, queso, salchichón, lentejuelas. Es casi huérfana, con todo y su madre y su desparpajo.

Las casaderas, las vírgenes cosidas, las empleadas de banco... ¿Con qué papel me limpio?

Tuve un momento de bondad antes de irme, le dejé algo de dinero para las medicinas y los enfermeros; tuve un momento de sentir mucho miedo, incluso de lo que había pasado ahí un rato antes. Cualquiera cosa.

La gente que lo ve a uno de pasada.

La madre.

LA MADRE Y LA HIJA (I): CONFESIONES DE INVIERNO

HIJA: Si, mamá, estoy enferma, pero querida mamá, ¿qué cuenta podemos pedir a aquel que no nos debe nada ya?

MADRE: ¿Por qué entonces quieres que te visite?

HIJA: ¿Qué necesidad tiene él de verme todavía, mamá? Ninguna necesidad tiene, de ningún tipo, incluso.

MADRE: ¿Por qué entonces quieres que te lea uno de esos estúpidos poemas?

HIJA: Ay, mamá, ¿no podré consumir al instante este doloroso sacrificio? ¿No puedo simplemente morir, mamá?

MADRE: ¿Por qué entonces quieres que te ponga ese anillo en el dedo...

HIJA: ...con lenta delicadeza?

Con alegría declaman/representan/juegan el poema de Borges.

MADRE: "No se miraban. En la penumbra compartida los dos estaban serios y silenciosos.

HIJA: "Él le había tomado la mano izquierda y le quitaba y le ponía el anillo de marfil y el anillo de plata.

MADRE: "Luego le tomó la mano derecha y le quitó y le puso los dos anillos de plata y el anillo de oro con piedras duras.

HIJA: "Procedían con lenta delicadeza.

MADRE: "No sabían que era necesario aquel juego (*Se suma Linda, como un coro.*) para que determinada cosa ocurriera, en el porvenir, en determinada región."

Rien nerviosamente. Lloran. Se le salen los mocos. Se desordenan. Sahudan al público que imaginan las ha visto actuar. Volviendo a hablar de él, de la enfermedad, volviendo a la emoción del inicio: la fatalidad.

HIJA: ¿Qué somos ahora el uno para el otro, mamá? Mamá, ¿tú sabes qué cosa es reina?

MADRE: Un recuerdo de poder hacerlo todo, un perfume caro, Loewe, por ejemplo. Pero Linda, ¿qué te puede ofrecer ese hombre?

HIJA: ¿Por qué achica el tono majestuoso de su voz como un niño proletario? ¿Mamá, tú sabes qué cosa es reina?

MADRE: No sé qué cosa es reina. No sé nada de nada. Pero mi padre me decía: "Eres mis reina." ¿Te refieres a eso?

HIJA: Pero cuando su proyecto es huir de mí...

MADRE: No suspires tanto ya, por favor, no quiero que te duela tanto.

HIJA: No es la herida... ¿Por qué solicitar verme, visitarme?

MADRE: Queridita, hijita, hija mía, yo...

HIJA: Esta será en adelante mi única preocupación.

MADRE: Lo más apremiante para ti, ¿no es olvidarlo? Entonces...

HIJA: Creo que me he extraviado un poco. (*Como si dictara su última carta, su testamento, de pie:*)

"Pero no es a vos a quien quiero ni debo ocultar ninguno de los latidos de mi corazón."

¿Pero no es a vos a quien he comentado cada uno de los incidentes de mi corazón?

¿No me ha visto usted (*¿Se lo dice solamente a la madre, o ambiguamente es un texto con dos posibles destinatarios: Juan y la madre?*), angustiada, accidentada, hecha trizas yo, mi orgullo y todos mis ornamentos, esta cabeza también?

MADRE: ¿Le dices adiós entonces, mi niña? No te digas adiós a ti misma, nunca. Ni siquiera en este momento.

HIJA: ¿Con qué, con cianuro, una pistolita de agua, un buche de saifumán si se ofrece a limpiar el baño..., crees que vendrá a verme?

MADRE: No vendrá, seguramente no. Solamente hazlo. Solamente deshazte de él.

HIJA: Que pase un milagro, mamá. (Mamá, dame una gardenia.)

MADRE: Has jugado con fuego, sólo eso tengo en la cabeza, pero creo que me alcanza el tiempo.

HIJA: ¿Ves mi cuerpo, así y todo? ¿Es eso una amenaza para salirte de mi miseria? ¿Es eso?

MADRE: Yo tenía todos los himnos copiados en la libreta de tu abuela, también tenía un cancionero con baladas en inglés y francés,... "La vida en rosa," por ejemplo, pero a ti te gustaban "El Himno del Guerrillero" y "La Marcha del 26 de julio." Ya ves, no es mi culpa, no fue mi culpa, pero tampoco creo que haya sido tu culpa.

HIJA: Habrá que escribir "¿Por qué te vas Linda Correa?," tal vez.

MADRE: No se trata de eso. Está bien, así está bien.

HIJA: Todo, menos mi enfermedad.

MADRE: Pero en cierto sentido, Linda, ...tú te la buscaste.

HIJA: Nunca pensé que se tratara de eso.

MADRE: ¿De qué estás hablando?

HIJA: Mamá: llagas, supuraciones, peste.

MADRE: Pobrecita, sí, claro, eso te afea.

HIJA: Mamá, voy a morir.

MADRE: No digas eso así, no es así. Puede que haya noticias frescas mañana.

HIJA: Mamá, me he convertido en una cosa horrible.

MADRE: Pero hija mía, yo te veo igual que siempre, tan bella. Ayer salí a la tienda y te compré muchos ganchos para tus peinados. Dorados, con flores, estrellas, mariposas, brillantes...

HIJA: Estarían buenos para metérmelos en los ojos como hizo aquel hombre. Qué bonita me vería, eh, qué interesante, eh. ¿Qué hubiera dicho papá, mamá? ¿Le hubieras dicho que yo empecé todo? ¿Le has contado a alguien de mi estado?

EL HIMNO NACIONAL (I)

ÉL: ¿Por qué te has puesto triste?

ELLA: Porque no soporto que termine esta felicidad.

ÉL: Pero estamos juntos.

ELLA: Sí, ahora, pero ¿qué pasará mañana?, ¿y pasado mañana?

ÉL: Creo que sufres una extraña melancolía que consiste en adelantarte al sufrimiento real. Mírame, mira.

ELLA: Ya no concibo la vida sin ti. Quédate conmigo.

ÉL: Eso es imposible.

ELLA: Pero, ¿por qué?

ÉL: No puedo, cuando se rompa el hielo debo irme.

ELLA: ¿Por qué? Nuestros destinos están unidos. Eres mío.

ÉL: ¿Por qué?

ELLA: Porque yo te adoro. Encontrémonos hoy en la plaza. Llévame contigo.

LA MADRE Y LA HIJA (II). LA ESPERANZA ES LO ÚLTIMO QUE SE PIERDE

La hija aún sana, en ese momento se ha hecho algunos análisis de rutina. Pero no se siente nada, no está preocupada.

MADRE: Mírate con las uñas pintadas, total, para nada

HIJA: No importa, al menos, como lo tenía planificado, me pinté las uñas.

MADRE: Uñas, tetas, pestañas, una quincalla ambulante.

HIJA: Cuando yo me pinto las uñas no es eso solamente lo que hago, ¿entiendes?

MADRE: No, no entiendo.

HIJA: Las uñas combinan con mi ánimo, en este momento, por ejemplo, soy como una magnolia en el estanque, por eso me pinto las uñas de gris... plata, gris acero. (*Insegura, cuestionándose.*) ¿Crees que soy una mujer absolutamente execrable que hay que abandonar a la primera metida?

MADRE: ¿Qué me quieres decir?

HIJA: ¿No sabes de lo que te estoy hablando?

MADRE: Qué vulgar... todo, incluso tú, a veces... Los vecinos, los teléfonos, todo lo que me parecía distinguido ha desaparecido... Y ahora tú hablando de ti, otra vez, sólo sabes hablar de ti. No puedo reconocer cuándo eres tú quien me está hablando, solamente tú. Y después me acusas, siempre acusándome. Yo a veces pienso en qué hice mal contigo, Linda.

HIJA: Ay no, mamá, tus disparos no me harán nada. Otro ya me dio el tiro de gracia.

MADRE: No juegues con armas de fuego, Linda. ¿Tú eres feliz así?

HIJA: ¿Y tú? ¿Alguna vez lo fuiste o me lo preguntas porque sabes lo que siempre te digo? ¿Qué sabes tú mamá? ¿Llegó alguna carta?

MADRE: ¿Por qué le admitiste a Juan esas cosas? A nadie le habías permitido cosas así. ¿Por qué confías siempre en el último que llega?

HIJA: Con él fue el único con el que no volé en globo. En ese momento me pareció tan ridículo el globo y todas sus instrucciones. Además, se pasa la vida en el mar. Y no me dan miedo las otras sirenas.

MADRE: ¿Juan Estévez?

HIJA: Pepito El Globero. (*Ríe mucho.*)

MADRE: ¿Dónde te cambiaron así?

HIJA: (*Cantando.*) No fue en el hospital
no fue en el cuarto de mis padres
no fue la nodriza que no tuve
no fue un hermano mayor
no fue la cotorra de la vecina
no fuiste tú mamá
no fuiste tú mamá.

MADRE: (*Cantando.*) Ya, ya, ya

¿los vecinitos de arriba?

¿el seminternado?

¿los maestros voluntarios?

HIJA: (*Cantando.*) Oh, sí, los chícharos, el huevo duro

¿Por qué me enamoré de un hombre

que tenía los huevos tan duros?

MADRE: (*Cantando.*) Huevos de mentira

Huevos asesinos.

HIJA: (*Cantando.*) Huevos de mermelada, huevos de oro.

MADRE: ¿Por qué? ¿Dónde fallé? ¿Qué hice mal?

HIJA: Mamá, habría que agradecerle a los hombres que nos liberan de un himen insolente.

MADRE: Aquel hombre era un bandido.

HIJA: Aquel hombre tenía que haber sido el padre mis hijos. Además, ¿a quién defraudará él ahora?

LA MADRE SUEÑA

Yo imagino que sufre muy poco, que se queda dormida. Que todo esto es una pesadilla, o que todo pasa tan rápidamente. Que no le falten las medicinas, que el hospital esté limpio, inmaculado, ella, una diosa... Lo de afuera, las aguas de albañal, peste, peste...

Que no se le cae el pelo, que no se le cae la ropa, flaca pero no en el puro hueso, con distinción... que no tenga ni un disgusto, hay que prevenir a las enfermeras de todo, las inyecciones, esterilizarlo todo.

Que a ese hombre no le dé por hablar. Mi hija no ha hecho nada malo.

Linda, perdóname. Yo sé que tú nunca me perdonaste... ¿En qué convertí a tu padre delante tuyo? ¿Por qué no dejé que te fueras cuando quisiste? O mejor, ¿por qué no dejé que trajeras la cotorra a la casa?

Si yo pudiera cambiar algo, te aseguro que yo sería la que estuviera ahí.

Que me necesite a mí. A mí más que a nadie.

Hija mía, qué has hecho. Hija mía, perdóname.

Hija mía, gracias. Ya sabía que volverías sana y salva.

LA HIJA SUEÑA

Pero si ya sabemos que me muero, ¿por qué no me muero?

¿Qué es más elevado para el espíritu, mamá: morir como una víctima, mentir o dejarlo libre para que muera en el mar?

Vengo a denunciar aquí a todos los cabrones bastardos que nos han desgraciado, mamá, los Valdés, los Rodríguez, los Fernández... Ellos son los culpables.

Tenía tantas ganas de verlo antes de la sacudida final.

Ya pasó... ¿qué fue?

No, no me duele... tanto. Ya... Todo va pasando.

Sabes que siempre voy a estar esperándote. Sí, sí, lo puedo hacer, lo he hecho todo hasta hoy... como me lo han indicado, pero sólo para que estemos juntos ahora. Una vez al menos. Los dos solos.

Donde tú decidas, en el barco, claro, sería, más "a tu aire." Hoy, en esta única vez, no me importa el sol, una mancha, qué importa ante tanta inflamación. Yo sólo espero que estemos juntos otra vez, Juan. Ven, ven, ven...

Y en ese momento ¿qué me dirás? ¿Y yo, podré hacer algo al menos? ¿A dónde me llevarás? ¿Una isla? ¿Me reprocharás algo? No, nada, nunca, no sé, no sé... Tú otra vez.

Ahora me verás.

Suena un disparo y cae muerta.

PRIMER ENCUENTRO DE LINDA CORREA Y JUAN ESTÉVEZ DOS EXTRAÑOS EN UN BAR

ÉL: ¿Eres Linda?

ELLA: ¿Te parezco Linda?

ÉL: Me dijeron que eres tremenda, que haces cosas muy... ¿sofisticadas?

ELLA: Cosas, qué palabra. Y qué decir de sofisticada, sí, quizá sea un poco así como tú dices.

ÉL: ¿Eres tan experta como dicen?

ELLA: ¿Cómo dicen? Te han engañado, muchachito. No digo nada, casi nada. Hubiera sido una buena actriz de la comedia silente.

ÉL: No, no eres tan callada, digo, no he tenido que sacarte las palabras de la boca. ¿Qué haces de noche?

ELLA: ¿Te quieres casar conmigo o eres policía?

ÉL: Soy marinero, me voy en unos días. Aquel es mi barco, se llama "Bird." ¿Pudieras hacerme feliz al menos durante un breve tiempo?

ELLA: A los barcos se le ponen nombres de mujeres. ¿Tienes algún problema con las mujeres? ¿Dos horas?

ÉL: Una noche.

ELLA: ¿Haciendo qué?

ÉL: Te puedo hacer historias, he visto ballenas, he visto a la reina de España.

ELLA: ¿Qué me llevaría al final: un reloj de oro, diamantes? Quiero más marinerito.

ÉL: No seas juguetona, no seas antigua.

ELLA: Quiero trabajar en ese sentido simplemente. En el sentido de la reina, quiero decir... Me llamo Linda Correa.

ÉL: Vas a tener que ir de expedición al Oeste a buscar oro.

ELLA: O-es-te. No tú, sino es-te.

ÉL: Linda, he venido a buscarte a ti. Me pareces más linda que tu nombre.

ELLA: ¿Qué te han dicho de mí? ¿Qué quieres? ¿De dónde vienes?

ÉL: Vamos, anda.

ELLA: ¿A dónde me llevas?

ÉL: Así está bien. Te mueves bien.

ELLA: No,... como te llames, ve a pescar mar afuera. ¿No dices que eres marinero?

ÉL: Juan Estévez. Y sí, me paso demasiado tiempo en el mar, pero pescar no es mi fuerte, no a mujeres como tú.

ELLA: Ese nombre... ¿tanta hambre tienes, marinero? Mira, sécate la saliva de la boca. Mira, dice mi madre que estoy en edad de merecer.

ÉL: Y tiene razón. Por ti bebería vodka en vez de whisky, cazaría un lobo en vez de un conejo.

ELLA: Tú eres como yo, exactamente como yo. No puedes irte demasiado tiempo de la casa, no por mucho tiempo.

ÉL: No es tu mirada... ¡Tontuela! ¡Mosquita muerta!

ELLA: Sí, te he visto antes. ¿Qué haces de noche? ¿Tienes dinero para comprarme polvos, para mantenerme joven siempre?

ÉL: No, no saques la mano.

ELLA: No te dejes impresionar por mis lágrimas, por el mundo de las mujeres.

ÉL: No te desesperes.

ELLA: ¿Es este el momento preciso?

ÉL: ¿Para qué?

ELLA: ¿Sabes cuántos mueren cada día? Un continente entero desaparecerá.

ÉL: Es decir, comenzará otra vez el tiempo de la conquista y la colonización.

ELLA: Eres tan ingenuo y tan dulce.

ÉL: No salgas.

ELLA: Una palabra... el amor.

ÉL: Una vez más.

ELLA: Ahorra estragos a tu corazón, niño. Y no son cumplidos.

ÉL: ¿Quisieras conocerme mejor?

ELLA: ¿Te escondes algo todavía?

ÉL: Date vuelta, baila, vuela.

ELLA: ¿Así que has viajado y perseguido el oro, puesto trampas y también los ojos en blanco?

ÉL: Mi pasado no vale nada en este momento. Entro y salgo del mar simplemente otra vez más.

ELLA: Me tuerces el pescuezo. Me gustas.

ÉL: Tu piel también.

ELLA: Podrías buscar una copa de vino.

ÉL: Brindemos. (*Aparte.*) Siento como si me hubieran agarrado el cuello y arrastrado por el fango, y con mi consentimiento.

LA MADRE Y LA HIJA (III). LOS DESEOS JUSTO ANTES DE LA MUERTE

HIJA: Mamá, te extraño. Mamá, quiero que me vuevas a peinar, que me cuides.

No me reproches más nada, no me acuses de puta, no me acuses de asesina.

MADRE: Yo quisiera encontrar algo que te hiciera feliz, que te calmara los nervios.

HIJA: ¿Hay algo puro en ti mamá? ¿Hay algo que pueda comerme sin que esté amargo, lleno de odio?

MADRE: Mi hija lo lee todo pero no le pregunte nada, no retiene nada. De niña sólo se aprendía las canciones patrióticas. Lee todos los métodos, los prospectos, pero al final se equivoca con las dosis. Quizá por eso empeoró.

HIJA: Una, dos, tres cucharadas de...

MADRE: (*Intentando jugar.*) Espinacas, morfina.

HIJA: Qué rico. ¿Lo has probado?

MADRE: Sabe a un vegetal.

HIJA: No es tan verde como un vegetal.

MADRE: Ni tan blanca como la morfina.

HIJA: Sí, digo, estoy pensando, que... qué delicada te has puesto cuando me das la medicina. Antes peleabas por todo, con papá sobre todo.

MADRE: Estuve a punto de ponerle sulfamán en la sopa, Linda. Pero a la criada se le rompió el pomo delante del baño. Todavía está la mancha ahí. Qué recuerdo tan triste. Qué mala suerte.

HIJA: Sí, una mancha así se queda para siempre. O a lo mejor te vio la cara que pusiste y quiso proteger al hombre de la casa.

MADRE: Nunca había pensado en eso. Quizá le gustaba un poco, no sé, todo puede ser.

HIJA: Mamá, cuando todo pase debes hablar con papá, invitarlo un día a la casa. No, mejor esto que está pasando, digo, al menos tendrán un tema que no sea

la guerra que los una.

MADRE: Sí, voy a hacer lo que tú me pidas. Voy a alimentarme bien, a tomar vitaminas. (*Cambio brusco.*) Voy a resistir que mi hija muera delante de mí. Voy a comprar una hermosa lápida para ella, de mármol blanco que diga: "Ya he vivido mi gran amor, nunca habrá otros." Y tu padre, hija mía, irá a verte los domingos al mediodía.

HIJA: Mamá y papá, ¿cómo están, cómo los lleva la vida?

MADRE: ¿Por qué nunca le reprochaste nada a ese hombre? A tu padre tampoco le has reprochado nada nunca.

HIJA: Mamá, llegó el ciclón; mis amigas están debajo del árbol pero yo les dije que así es peor, que los rayos caen primero sobre los árboles. Mamá, estoy acostada boca abajo sobre el surco, estamos llenas de hojas de tabaco. Cómo vuelan las libre pies y las coronas. Qué miedo. Qué ruido los truenos. Qué lindo mamá, el cielo lleno de relámpagos. Mamá, estoy viva. Mamá, no me partió un rayo en Pinar del Río.

MADRE: ¿No hay esperanzas, doctor? Doctor, ¿no hay esperanzas?

HIJA: No pasará un día sin que me acuerde de ti. Hoy es un buen día. En casa están celebrando. La mesa está llena de regalos. Hoy ha venido el cartero, los pagos están al día.

MADRE: Que se establezca. Que se salve. Que ocurra el milagro.

HIJA: Hoy puede ser un buen día. Hay café, leche y mantequilla en la despensa. Arreglaron el salidero del baño.

MADRE: Cuando está conmigo siempre le pasa algo. No solamente a ella, sino a cualquier enfermo que cuido. Siempre me pasa así.

HIJA: Hoy han cambiado las sábanas. Sería lindo que las meara de arriba abajo.

MADRE: Me siento tan egoísta cuando digo ¿por qué me tiene que pasar esto a mí? Pero no lo puedo evitar, no es mi culpa. Además, no me pasa a mí. Linda, ¿quieres ir al baño?

HIJA: Si me muero en brazos de una enfermera, ella se va a sentir peor. Mamá, estate quieta.

MADRE: Nublados, un poco de sol, 35 grados, qué calor. ¿No podría esperar unos meses, a que llegara el invierno? Linda, no me has dicho si quieres ir al baño.

HIJA: ¿Has estado pensando en eso otra vez? Tranquila.

MADRE: No. Es por las medicinas, porque el velero llegue a tiempo.

HIJA: Lo que quiero del velero es otra cosa. ¿Hablarás con él?

MADRE: Linda, es cierto que ahora hace buen tiempo, pero hay que oír lo que dicen las noticias mañana.

HIJA: Nublados, un poco de sol, 35 grados.

MADRE: ¿Cómo se te ocurrió la idea de hacer ese viaje?

HIJA: Nunca he hecho el amor en alta mar.

MADRE: ¿Lo resistirás?

HIJA: Espero que no. Es un hombre fuerte.

MADRE: Digo, ¿lo resistirás tú?

HIJA: Es lo que más deseo. No resistirlo. No volver a este lugar. Nunca.

MADRE: Te has pasado la vida diciendo eso acerca de hombres distintos. No sabes lo que es el amor.

HIJA: No creo que voy a tener tiempo para eso.

MADRE: Eres tan joven, pero bueno, hablaré con ese marinero.

HIJA: No pasará un día sin que me acuerde de ti. Hoy es un buen día. En casa están celebrando. Hoy ha venido el cartero. Los pagos están al día. El plomero arregló el salidero. ¿Qué más puedo pedir si hay leche, café, mantequilla, pan de cebolla? Hoy podré desayunar. Hoy es un gran día. ¿En qué piensas mamá?

Mientras la hija va muriendo.

MADRE: (*Grita.*) ¡Felices Pascuas! ¡Feliz año nuevo! ¡Merry Christmas! ¡Happy New Year! ¡Feliz año nuevo! Linda, ¿llevaste pañuelo? Linda, cierra el pico. Linda, cierra el refrigerador, no dejes la puerta abierta tanto rato, que se hace hielo. Linda, no te demores. Felicidades Linda en tu día. ¡Qué linda estás Linda!

(Cantando villancicos de homenaje a Linda en el día de su muerte.)

Hijita, mierdita, cagarrutica, currucucú, pan pa la cotorrita, nené.

Te dejé la comida preparada, sólo tienes que calentarla. Ten cuidado con el gas, que al mediodía tiene mucha fuerza, ¿te acordarás de cómo prender un fósforo? Bueno, nenecita mía, enciende la chispa. Bu bu bu bu buuuuu, bueno, ya sé que estoy llena de achaques pero todo lo he hecho por tí: lavé, fregué, cepillé los muebles para verte crecer limpia de polvo y paja... ya creciste... ya eres grande... ya estás muerta.

HIJA: Mamá, dile a Juan que me lleve las fotos. Mamá, leche. Ya hice caca, mamá. Mamá, ¿y papá? ¿Estás llorando? ¿Por qué no te acercas más a mí? ¿Qué es eso que está entre tú y yo, mamá? ¿Quieres que te ayude a cargar

la jaba?, debe pesar mucho. No, no te resbales, por favor. Ay, que yo también me caigo.

MADRE: Te confiscaron todo, te han condenado ellos, los... Pérez, los Valdés, los Ramírez, los Fernández, los Acosta.

HIJA: Mamá, no me quieras despertar porque si me despiertas voy a estar perdida, igual que siempre, prefiero estar muerta a perderme después. Y justo ahora que encontré los zapatos rojos que quise toda mi vida. ¿A quién se los dejo?

MADRE: ¿Quieres hielo?

HIJA: ¿Del mar o del refrigerador? Quisiera vivir en un país helado. Pero, ¿de dónde lo sacaste? ¿Cómo me duele! Ponme un poco de hielo en la herida.

MADRE: Sólo existe nuestra casa. Una casa es un país, puede ser un país. Y tú eres lo más preciado de esa casa, Linda.

HIJA: Mi cuerpo está lleno de rosas. Soy, fui distinta a ti, distinta a mi padre también, y el agua se hizo hielo. Tengo miedo a saber, tengo miedo a la ciencia, a las personas decentes que viven muchos más años. Tengo miedo a tu perfume.

MADRE: Una madre siempre se perfuma, ¿no lo sabes?

HIJA: Mis síntomas preferidos: decaimiento, pérdida del apetito, bebé, niños adultos, seis cucharadas diarias, al estilo antiguo, seis cucharadas, y mejorará instantáneamente mi paladar.

MADRE: Hija, no pasa un solo día sin que se enriquezca nuestro conocimiento de...

HIJA: Mamá, descansa. Llevas tantas horas aquí. Las enfermeras tienen una fresa en los labios, y nosotros le ponemos crema ¿Es eso también el amor? ¿La muerte nos da ganas de besar?

MADRE: ¿Quieres hielo? ¿Cómo es eso de que quieres vivir en un país frío? No existe el paraíso, sólo existe tu casa.

HIJA: Mamá, esto no debiera llamarse "un hospital." Carne sin condimentar, faroles fundidos, no hay acumulada sangre suficiente para mi anemia.

MADRE: ¿Crees que curarse tiene que ver con eso? Sobrevivir tiene que ver con la idea de que puede haber en algún punto, un día feliz, un día mejor que este... por ejemplo, el día de cumpleaños, el día en que nos casamos, el día en que tenemos un hijo, el día de navidad...

HIJA: Mamá, voy a vomitar.

MADRE: Coge, echa todo aquí adentro, no te quedes con nada.

HIJA: Mamá, lo peor fue la denuncia, fueron y dijeron que me había contagiado.

MADRE: Nunca pudiste simular nada, como tu padre.

HIJA: Estás hablando del pasado, ¿tan mal me ves?

MADRE: Un prejuicio sanitario, simplemente. No encuentro otra palabra.

HIJA: Todo se dilata mamá, unas cosas más que otras. ¿Crees que todavía crezca algo más?

MADRE: Los días no pasan tan rápido como yo quisiera, y sin embargo, en realidad, no sé.

HIJA: En verdad no sé si quisiera que llegara ese día, un cristal que romper, un ojo que te ve. Ese es el peligro de ser una persona insegura. Y peor, mamá, de enfermar, de que te acusen o te alejen en un lugar como este.

MADRE: Yo estoy aquí para protegerte. No dejaré que te pase nada.

HIJA: ¿Y por qué me adapto? Sudar, comer,... ya no puedo estirar los brazos hacia arriba.

MADRE: ¿Te cansas?

HIJA: Me pudro, se me caen los pedazos.

MADRE: Lo peor es que no te puedo quitar esa idea de la cabeza.

HIJA: Eso es lo que me parece realmente maravilloso. No me puedes ayudar. Y además, estoy consciente de todo. Lo estoy esperando.

MADRE: Hay dulces para el postre, Linda. Hay una sombrilla por si llueve, agua de violetas, un espejo, ¿qué más quieres?

HIJA: Hoy tampoco lloverá. Y me acuerdo de tantas cosas hermosas. Y la sombrilla... es tan grande.

MADRE: Ese gusto por las cosas antiguas. Juan fue la cosa más joven que encontraste en tu camino.

HIJA: Casi virgen, estaba asustado, fue casi un juego,... voy a vomitar por culpa de tu repugnante perfume...

MADRE: Tengo la sensación de que alguien nos está mirando. Que lo están grabando todo.

HIJA: Para que dejemos este hueco libre, despejado. Hasta nuevo aviso.

MADRE: Alguien me mira fijamente a los ojos, alguien se preocupa por mí. Yo tenía una hija maravillosa. Yo tenía una vida maravillosa.

HIJA: Madre que cuida a su hija enferma.

MADRE: Todo lo que pude haber hecho no vale la pena mencionarlo.

HIJA: Juan, mi madre, mi enfermedad, un domingo en que conocí el amor más emocionante.

MADRE: Cuando muera, ¿seguirá siendo esta mi patria? Ahora es el momento, no hay ocasión mejor que esta.

HIJA: Ahora soy yo la que no quiere irse. Alguien me mira todavía. Se preocupa por mí todavía. Mi madre. Eso es lo que me parece maravilloso. Los ojos de la madre sobre los ojos de la hija... ¿Cuál fue aquel día inolvidable?

Mamá, mamá, ¿puede uno hablar en un momento como este, de su madre, todavía? ¿Me queda algo de tiempo? ¿Hace cuánto me están esperando? ¿Y quién... exactamente? ¿Quién me espera, mamá? ¿Y Juan sabrá que yo aún lo espero a él?

Me estuve preparando todo el tiempo para la muerte de mis padres, lo dispuse todo, he llorado por ellos todos los días. Y ahora, ¡qué suerte! de nada ha servido. Hay tan poco que llevarse. La casa está vacía, mamá. ¿Por qué lo has vendido todo? ¿A quién? Hoy tampoco soy una mujer linda... sino pobre. ¿Por qué no llega Juan?

¿Volveré mamá? ¿Volverás mañana tú? Sin duda, este debe ser el final. Estoy llena, como si hubiera comido chicharrones, qué asco... Mamá, me está saliendo un grano, incluso en este momento. ¿Este es un momento solemne? ¿O triste? Mis dientes están todos en su sitio, como los tuyos.

¿Y tú, mamá? ¿Y tú?... Entonces creo que ya todo, o casi todo, está resuelto: la ropa, ya sabes, la casa, la casa es lo más difícil... Pero nunca dije una mentira. Y aquel día debí seguir el consejo de papá, que siempre fue el más valiente. ¡Mi mamá! ¡Mi papá!

Besos para todos.

No pasará un día sin que me acuerde de ti, Juan. Hoy es un buen día. En casa están celebrando. Hoy ha venido el cartero. Los pagos están al día. El plomero arregló el salidero. ¿Qué más puedo pedir si hay leche, café, mantequilla, pan de cebolla? Hoy podré desayunar contigo, Juan.

Mientras la hija va muriendo.

MADRE: (*Grita.*) ¡Felices Pascuas! ¡Feliz año nuevo! ¡Merry Christmas! ¡Happy New Year! ¡Feliz año nuevo! Linda, ¿llevaste pañuelo? Linda, cierra el pico. Linda, cierra el refrigerador, no dejes la puerta abierta tanto rato, que se hace hielo. Linda, no te demores. Felicidades Linda en tu día. ¡Qué linda estás Linda!

Linda en rol de Mensajero o Narrador, espectadora de sus propias miserias.

HIJA: Ya, ya, ya, ya no más, ya ha sido bastante. Descansa Linda Correa que te lo mereces. Sólo fuiste una mujer resuelta pero triste, un poco turbada. ¿De parte de quién está usted. Fíjese que hay tres bandos: Linda, su madre y Juan Estévez. Ah, ya entiendo, ¿de parte de quién viene usted, señorita? ¿Será posible que sea usted en persona? Es tan, pero tan... parecida a como se ve en la televisión!!!! (*Vuelve a su comportamiento habitual.*) Mamá, mamá, si vieras lo que acabo de ver. Mamá, mamá, es tan, pero tan...!!!! ¿Sabes quién está aquí?

EL HIMNO NACIONAL (2)

En off, como si viniera de un radio o las bocinas de un acto público cercano.

ÉL: ¿Por qué te has puesto triste?

ELLA: Porque no soporto que termine esta felicidad.

ÉL: Pero estamos juntos.

ELLA: Sí, ahora, pero ¿qué pasará mañana?, ¿y pasado mañana?

ÉL: Creo que sufres demasiado. Mírame, mira.

ELLA: Ya no concibo la vida sin ti. Quédate conmigo.

ÉL: Eso es imposible.

ELLA: Pero, ¿por qué?

ÉL: No puedo, debemos irnos.

ELLA: ¿Irte con quién? ¿Quiénes son ustedes? Nuestros destinos están unidos, eres mío.

ÉL: ¿Por qué?

ELLA: Porque yo te adoro. Me escaparé si quieres. Llévame a donde tú vayas.

LA MADRE Y LA HIJA (IV). CARICIAS EN LA FUNERARIA

MADRE: ¡Qué cejas tan arqueadas!

HIJA: Tú dijiste alas de gaviota.

MADRE: Tengo puestos los mismos zapatos de tus quince.

HIJA: Mamá, te dedicaste a acumular cosas para repartir en este momento. Es tu momento, mamá. Todos quieren hablar contigo.

MADRE: ¡Qué cejas tan arqueadas! No sé qué decirles. ¿Qué les digo, Linda? ¿Qué quieres que les diga?

HIJA: Tú dijiste: "Inútil para trabajos mayores, Mackandal fue destinado a guardar el ganado."

MADRE: ¿Te acuerdas, Linda?

HIJA: Mamá, "Mackandal se detuvo largo rato en contemplar los trapiches. Ha llegado el momento, dijo."

MADRE: Dicen que eras una muchacha alocada, sin un eje, pero que no te merecías esta funeraria.

HIJA: Vete, mamá, vete. Mañana será otro día, no pases mala noche, no dejes que se duerman delante de nosotras. Vamos a estar solas mañana. Vamos a cocinar.

MADRE: Camarones... ¿No crees que debo brindarles, al menos, una tacita de café?

HIJA: No, mamá. No seas ingenua. No se te ocurra responderles cuando pregunten qué fue lo que me pasó, o qué estudié.

MADRE: En realidad no estudiaste nada Linda... o mal, digo. Aunque bueno, estaba desde esa época el problema de la escasez. Hay personas buenas que han llegado.

HIJA: Salieron de la oficina hace media hora, venían dormidos en el ómnibus. Yo los vi. Vienen muertos de hambre, con ganas de llegar a la casa. No quiero que pasen una mala noche por mi culpa.

MADRE: Quieren tener ese gesto (*un mal gesto*) con nosotras.

HIJA: Mamá, mira, le tienen miedo a mi cuerpo dentro de la caja; no se acercan, y así es mejor.

MADRE: ¿Crees que debo darles las gracias?

HIJA: A la calle, que se vayan. Mamá, ¿crees que el amor puede ser la causa de una cosa así?

MADRE: Hija mía, de nada sirve que quieras estar viva otra vez, si no te gusta trabajar.

HIJA: "Mackandal había adelgazado, sus músculos se movían a ras de la osamenta." ¿Sirve enseñar cosas así?

MADRE: Está lloviendo, quizá es un buen presagio. Una nevada sería lo mejor para volver juntas a casa.

HIJA: Mamá, antes de que te vayas, no me respondiste: ¿tú sabes qué cosa es reina?

MADRE: Tú. Pimpollo. Cordera. Alegre. Muerta.

JUAN ESTÉVEZ SE QUEJA Y ESCRIBE A LA MADRE

Qué desgraciado soy señora...

Voy para los treinta años, siento que el cerebro se me está secando,... estoy feo, envejecido, tengo la piel quemada por donde quiera... No he tenido ninguna satisfacción últimamente... ninguna, ninguna... pero el tiempo pasa y siento que cada vez estoy cada vez más cerca del abismo... Pero digo, ¡¡¡tan pronto!!!!

He estado al tanto de todos los informes acerca de la esperanza y el siniestro olvido en el que todo cae, los ancianos, los asilos.

Estoy desesperado... y lo que no entiendo todavía es por qué me pasa esto a mí, no lo puedo creer.

El optimismo, ¿me es útil, por ejemplo? ¿A quién? ¿Linda? Yo siempre me acuerdo de Linda. Me habían hablado de ella, pero cuando la conocí, puf, fue increíble.

Señora:

¿Es cierto que nuestra princesa está muy enferma? ¿Tan enferma como para pensar en que yo también... seguramente... yo también? Compadezco ese lugar donde está, al pie de su cama, cuidando su triste cuerpo enfermo. Una vez, vi a ese cuerpo desfallecer de placer por causa mía, delante de mí y sentí que me pertenecía. Hoy, en la oscuridad de estos días lluviosos me dice usted que se va lentamente, por una causa que dentro de unos años será perfectamente remediable, un puro trámite. Pero nuestra época es triste. Aún son muchos los enfermos en los hospitales, y aún son estos espacios feos y tristes, y les tememos. ¿Puede usted decirle a Linda que seguramente yo...? (*Se interrumpe.*)

Alguien me apura, aquí al lado mío, quizá fue sólo un ruido seco, o el cuchicheo de las vecinas, o el aviso de que ya está el panadero cerca con su mensaje. Hace tanto que no me como un pan calentico. A Linda le encanta el pan con queso y guayaba.

Sinceramente suyo, el caballero J.

P.D. Es obvio que yo quiero expresar mi deseo de vivir junto a Linda, es decir, de haber vivido tranquilamente, sin demasiado sol ni miseria. ¿Pero qué sentido tiene todo? ¿Vivir, es posible? ¿Es posible que esto me esté sucediendo? ¿Para qué incluso, le hago, le cuento esto, como si fuera una necesidad que usted..., como si usted pudiera hacerlo de una manera real, hacia Linda, hacia mí, real, tan siquiera que se volviera real... su cariño?

Otra vez me despido, bese a Linda en la frente, como una vez lo hice yo,

Su J.

LA MADRE Y LA HIJA (V). ÉL Y NADIE MÁS QUE ÉL

HIJA: ¿Es que he cesado jamás de ser constante con él?

MADRE: ¿Encontráis generoso de su parte dejar que soportes sola toda esta carga? ¿Dónde lo encontraste? ¿Ya no te acuerdas? ¿Sabías que ese tipo de amante es el primero en hacerse caca en los pantalones y dejarte tirada con todo y tus sollozos?

HIJA: No quería aceptar sus sacrificios, nada que lo perjudicara.

MADRE: ¿Sacrificios?, ¡con todos los negocios que ha hecho!

HIJA: ¿Crees que no tiene también algo de delicadeza?

MADRE: Lo primero, te tiene a ti.

HIJA: ¿Ya no lo crees un caballero? ¿Es eso?

MADRE: Se diría que jamás otro te hizo feliz, tan perfectamente feliz.

HIJA: ¿Qué es este subterfugio? ¿Qué es esto que me conserva ante ti pura como víctima y a él, escondido, como a un asesino?

MADRE: Te detecto un sentimiento hacia tu destino un poquillo, digamos, impoluto. No quiero que hables tan alto ni te toques. Le he dicho que estás calmada, que pareces una reina en tu palacio.

HIJA: ¿Quién sabe si entonces te creas obligada a no dejarlo entrar, a que te dé las gracias por los mensajes que le llevas? Después de todo, no eres tan...

MADRE: ¿Quién crees que es él? ¿Quién sabe si incluso se aparece con una nueva disculpa, un nuevo viaje, y alguna bagatela?

HIJA: ¿Quién sabe, si por ejemplo, una corta visita de él se te haría insoportable? Creo recordar que no lo estimas tanto.

MADRE: Quizá lo volverás a ver, al fin.

HIJA: ¿Vendrá? ¿Y quién sabe cómo? ¿Lo has visto recientemente, le has visto alguna marca? Sácalo todo, tenlo todo listo. En cualquier momento está entrando por esa puerta. No tendrías que temer a algo así, serían unos minutos de diversión. Tampoco debo tomar nada frío, no le pongas hielo al vino.

MADRE: No pienses en eso. No esperas visitas. Él ahora es un extraño.

HIJA: No, nunca. Además, siempre he confiado en la bondad de los extraños. Dos toques en la puerta, la contraseña, y ya estaremos juntos.

MADRE: ¿Qué podrían decirnos Juan o los extranjeros para que confiemos en ellos?

EL HIMNO NACIONAL (3)

ÉL: ¿Por qué te has puesto así?

ELLA: Porque no soporto esto.

ÉL: Pero juntos...

ELLA: ¿Sí?

ÉL: Sufres demasiado. Mírame.

ELLA: Quédate.

ÉL: Imposible.

ELLA: ¿Por qué?

ÉL: Debo irme.

ELLA: Eres mío.

ÉL: ¿Por qué?

ELLA: Porque yo...

LINDA CORREA Y LA PLANILLA

Usted debe completar los datos que aparecen reflejados en esta planilla si quiere salir de aquí o irse de aquí:

- a) ¿Hace cuánto no tiene una pareja estable?
- b) ¿Practica el sexo sin protección?
- c) ¿Qué medidas ha tomado para protegerse de las infecciones, los virus y la guerra?
- d) ¿A quién le dedica esta medalla? ¿Pudiera imaginar en quién estará pensando cuando le avisen de que todo terminó? ¿Tiene algún heredero?
- e) ¿Vive sola? ¿Está casada?
- f) ¿Qué es eso que tiene en el cuello? Parece sa(r)na.
- g) ¿Me puede enseñar el papelito de la fumigación? Y el papelito del televisor también. ¿Dónde lo compró? Ese modelo nunca lo había visto.
- h) ¿Quién es el que canta? Oiga, en esta casa se oye todo.
- i) ¿Ha salido anteriormente del país? ¿A dónde ha viajado?
- j) Los árabes, ¡¡ pa los fósforos !!
- k) ¿Hierve el agua? ¿Le han dicho que se parece a una actriz de la televisión?
- l) ¿Es de extracción de muelas o de extracción humilde?

LA MADRE Y LA HIJA (VI). ACERCA DE LAS SENSACIONES

HIJA: No tengo en mi corazón lo necesario para combatir ni siquiera una apariencia o un engaño vil.

MADRE: ¿Y no te has sublevado ante la idea, es decir, tu corazón, ante la idea de que podía haber estado engañándote? Le creíste, sin embargo. ¿No sospechaste al menos un poco?

HIJA: ¿Es necesario que destruyas la verdad ante mis ojos? Es necesario que fije mi atención en el resto de mi vida, la que está sana, la que no se ha descompuesto.

MADRE: El recuerdo de él siempre te humilla y te desespera. Deberían encerrarlo.

HIJA: ¿Cómo podría callarme cuando lo que me queda por decir atañe a su libertad? No voy a decir nada, simplemente.

MADRE: ¿Qué pudo haber de común entre ustedes? Aunque ese no es el punto.

HIJA: Para salvarlo es necesario que me concentre en un momento de error del sistema. Él no tiene culpa de nada.

MADRE: Una ilusión de tus sentidos, eso del error... te olvidas de la fuerza que tiene el sistema. Un sentimiento puro te hace ilusionarte otra vez, Linda. Pero dulcemente. Ay, Linda si vieras qué linda estás.

HIJA: Había florecido la bugambilia del patio. Debíó ser en primavera. Nunca tuve una marca visible de aquel hecho. Las flores, la casa. Nada en mi cuerpo es una marca visible de aquel hecho.

MADRE: En realidad, esas flores de papel me molestaron siempre.

HIJA: Te molestaba barrer el patio mamá; no te gusta limpiar, no te gusta la casa.

MADRE: Las flores ensucian, aunque sean flores. Los niños ensucian. Los hombres ensucian. Las mujeres ensucian. Los perros ensucian. Las visitas.

HIJA: Si al menos pudiera tener ahora una convicción, la convicción de que él vendrá, o de que ya vino... ¿Uno puede recordar de manera defectuosa, mamá? ¿Es una señal? ¿Ese tipo de cosas tienen arreglo?

MADRE: Por eso es mejor tenerlo todo anotado. A las palabras se las lleva el viento.

HIJA: Qué emoción pensar en ti mamá, con tu casa limpia, tus clases de literatura.

MADRE: Mi hija no se veía tan mal el día que le hicieron los análisis. No se ve pálida.

HIJA: Hubo un tiempo en que no estábamos solas, ¿verdad, mamá?

MADRE: Pero hay tantos pendejos en la calle.

HIJA: Mamá, yo tengo la sensación de que me besaron mal, de que no me supieron besar. Primero se debe empezar por la punta de los dedos, después el cuello, los hombros, las orejas, los labios miles de veces, los labios miles de veces,... hasta los pulmones.

MADRE: ¿Un beso es un movimiento más general que eso?

HIJA: ¿Eso te entristece? ¿De veras te acuerdas? ¿Cuándo fue tu última vez?

MADRE: En la cocina, estaba haciendo carne asada.

HIJA: Ay, sí, las proteínas, la carne que nos sube las defensas. (*Se desmaya.*)

MADRE: No se dice las defensas, se dice la hemoglobina. ¡Qué anemia tan traicionera!

HIJA: (*Se incorpora.*) Se dice carne con papas. ¡Me caigo!

LINDA CORREA Y JUAN ESTÉVEZ

ÉL: ¿Quién vive? ¿Quién vive? ¿Eres tú, Linda? ¿Es verdad que el más allá, todo el más allá, se encuentra en esta vida?

ELLA: A veces se me olvida tu cara. ¿Qué podía hacer para que volvieras a tiempo?

ÉL: No te oigo. ¿Quién vive? ¿Yo solo? ¿Soy yo mismo? Linda, Linda...

ELLA: Esta es tu casa papá. Entra.

ÉL: Linda, ¿no me reconoces?

ELLA: Pero nunca llegué al final de mi esfuerzo. Nunca fui más allá del esfuerzo de amar.

ÉL: Ahora no tienes que hacer nada. Estás libre.

ELLA: Mira, mira bien. ¿Qué ves?

ÉL: Linda, ¿sabes quién soy?

ELLA: He estado desfigurada por la idea de seguir siendo virgen. Juan Estévez, otra pesadilla, supongo.

ÉL: Casi no puedo cotejar tu idioma con el de tu madre: Descienden las dos del mismo palo y siempre me confunden.

ELLA: ¿Crees que el amor es una idea fija? ¿Un esfuerzo?

ÉL: No hagas nada. Mientras más lo desees menos rápido sucederá.

ELLA: A Dios gracias, porque viniste, pero le reprocho el poco tiempo. Se te ve apurado.

ÉL: Aún así, no me llamaste, no me dijiste. ¿Qué suponías que yo hiciera?

ELLA: En un momento así uno piensa que todo, todo absolutamente le pertenece, aunque no te llamen. De hecho voy a decidir sobre el hielo, el mar, las fresas, el vodka..., ya ves. Yo fui la que empezó esta maldición.

ÉL: Me puso las manos arriba. Estaban muy frías. Se le resbaló la sortija del dedo índice. Aún en esos momentos lleva una sortija. Increíble, ¿no? Me dio un empujoncito leve, dijo algo del perfume, de que mi pelo estaba un poco sucio..., no sé, me asusté. Estaba diminuta y desencajada. Me pasaron por delante las enfermedades que tuve de niño... ¿Cuál será mi destino?

Deleitada hasta el fondo de la confusión dolorosa.

ELLA: Quisiera que me quisieras Juan. Quédate, te lo ruego. No tienes nada más que hacer en este mundo. Eres el hombre más inteligente, valiente y hermoso que existe.

ÉL: En esta época es muy difícil ser una buena persona. Tú eres demasiado... Linda.

ELLA: Tengo temblores. ¿Serán los nervios? ¿Después de tanto tiempo?

ÉL: Fuiste una santa para mí. No tienes nada de qué avergonzarte. En tu vida no tienes nada de qué avergonzarte. ¿Quiere que ponga mis labios sobre su preciosa boca, madame?

ELLA: Yo fui una cosa, fui otra. Le grité un día a mi padre que se fuera de la casa, lo boté de allí... ¿qué piensas de mí?

ÉL: Estás un poco tensa.

ELLA: Y tenía tanto sueño siempre. ¿No tienes idea de por qué estoy enferma?

ÉL: Y tantas ganas de tener unos zapatos rojos.

ELLA: Qué precio he tenido que pagar por confirmar algunas de mis sospechas.

ÉL: ¿Quieres que te haga algo especial? Si te dijera que me quedo contigo, ¿te desmayarías?

ELLA: Y cuando me desmaye, ¿qué hueso quieres que me rompa?... Me ilusioné tanto con tus ilusiones, Juan. El velero, el mar, pescar...

ÉL: Eso es algo que no se puede fabricar. No hablemos de mí sino de ti, eres tú quien va a viajar.

ELLA: Si ya sabemos que me muero Juan, ¿por qué no me muero?

ÉL: No tienes nada de qué arrepentirte... bueno, quizá de mí. Puedo mirarte a los ojos, y en un restaurante con velas, decirte que te amo.

ELLA: Necesito un trago... Juan, ¿harías algo por mí?

ÉL: ¿Sabes que me han echado de la flota?

ELLA: No digas que no, Juan...

ÉL: Una vez nada más tuve un fajo de billetes que pude triplicar en un gran negocio, pero te hice caso.

ELLA: Juan, no desfallezcas, no te marchites, y no quiero que envejezcas. Juan, ¿qué has hecho todo este tiempo?

ÉL: Hice todo lo que se esperaba de mí. En los días de invierno jugué con la nieve. Cuando hubo sol me quemé la espalda en la playa. Cuando hubo elecciones voté, como la mayoría. Sólo en una cosa no hice lo indicado.

ELLA: Si te hacen un elogio, si te dicen un hermoso piropo, cruza las piernas.

ÉL: ¿Es pues así como se muere?

ELLA: ¿Qué debo hacer: no desear más, renunciar? ¿Crees que debo sufrir, que debo sufrirlo en carne propia?

ÉL: Era un muchacho inexperto y te seguí después del bar. Me has desgraciado, Linda. Salgamos los dos juntos de esto de una vez.

ELLA: Las cicatrices no significan nada para ti. Me amas así y todo.

ÉL: ¿En algún momento piensas en mí?

ELLA: Qué adorable esa idea. ¡El futuro!

ÉL: ¿Cuándo crees que debo presentarme?

ELLA: ¿Qué otra mujer te hizo más feliz que yo? Dime, ¿es que debe sucederme una desgracia mayor para que me digas que ninguna? Si me dices que te quedas... No se huye de la mujer que amas si eres inocente.

ÉL: Sabes mejor que nadie que soy inocente. Y se olvida tan pronto un beso.

ELLA: No te quieras zafar tan rápidamente.

ÉL: No me esperes.

ELLA: En la resurrección, cuando nos levantemos en medio de los escombros y miremos atrás, voy a buscarte, porque sólo te conoceré a ti entre toda la gente.

ÉL: No me esperes.

LA MADRE Y LA HIJA (VII). PROBLEMAS CON LA MEMORIA

HIJA: Mamá, estoy feliz. Sabes, no logro recordar qué peinado tengo hecho. No, mamá, comienzo a tener problemas con la memoria. No sé qué tengo hecho en el pelo. ¿Tengo el pelo largo todavía? ¿Tengo pelo, verdad? Es que no me lo siento. Me siento todo tan liso. ¿Te acuerdas que la peluquera decía que yo tenía un cojchoncito en la cabeza?

MADRE: ¿Se desgarró el velo en el que estaba bordada la ilusión de mi felicidad?

HIJA: ¿Mamá, qué ves detrás de la gente en la plaza?

MADRE: La gata que se despabila después de un sueño largo.

HIJA: ¿Es posible que esa gata tan perezosa me alumbró el camino?

MADRE: ¿Necesitas talco, perfume, o sólo quieres estar sola?

HIJA: Mamá, ellos se la pasan cagando todo el tiempo. Mamá, me siento inflamada.

MADRE: Sí, yo sé lo que es eso: una boia de fuego que te va comiendo todo el tiempo, desde adentro.

HIJA: Todo otro sentimiento que no sea el de la desesperación me es extraño. Nada puede convenirme más que la noche profunda. Lloraré allí mis culpas. Desde ayer no he derramado ni una lágrima. He jurado no volver a hacer esto más.

MADRE: Estoy feliz por ti, hija mía. Dios oye tus plegarias, alguien más quizá oye nuestros juramentos.

HIJA: Yo también estoy feliz, mamá. Han limpiado el baño con lejía, no hay mosquitos aunque hay calor, qué raro. Me siento muy cansada pero estoy tan blanca, como siempre quise... y flaca; no tengo gota de barriga, mi piel se ha puesto tan linda, estoy en el puro hueso. Hoy puede que suceda.

MADRE: Has usado tu dolor hasta convertirlo en oro puro.

HIJA: Y la sal, mamá. La sal.

MADRE: Sí, la sal de los sentidos. Qué muchacha tan lista.

EL HIMNO NACIONAL (4)

Transmisión diferida. El sonido pudiera estar distorsionado.

ÉL: ¿Por qué te has puesto triste?

ELLA: Porque no soporto la felicidad.

ÉL: ¿Pero?

ELLA: Sí.

ÉL: Sufres. Te gusta.

ELLA: La vida sin ti.

ÉL: Eso es.

ELLA: ¿Por qué?

ÉL: Si el hielo se rompe, no puedo.

ELLA: ¿Quiénes?

ÉL: ¿Por qué?

ELLA: Hoy. En tu barco.

LINDA CUENTA EL INICIO DE SU DECEPCIÓN CON ÉL

¿Dónde estás? Pero él me dijo que me quería, lo dijo... ¿cómo ahora... no está, no dice nada más que el cumplido vulgar que se le dice a una mujer?

Incluso he llegado a pensar que ya no me considera una mujer hermosa, sino sólo dotada de esa ligera y aséptica vulgaridad, indolora de la cualquiera ricura, ricura... el pastelito de guayaba, coquito con mortadella.

Ya no le rompo el coco ni la billetera.

Sí, es así.

Sí, es verdad, ya no me halaga, ya no se levanta con el susto que le come los ojos.

Sólo está así porque tiene ganas de mear. Y mea y pasa la página.

Ya sus hombros están cansados y cada vez se mueve peor. Y menos. Sobre todo, menos, se mueve menos. Se tira y de un viaje a la Luna se come el queso.

Los hombres crecen cuando se enamoran, se ensanchan, tropiezan con las cosas más estúpidas en la calle, y los compadecemos.

¡Qué estúpida he sido!

Ahora sólo soy las tetas, la papaya y el nalgatorio.

Pero vaciada de una mente. Él me ha vaciado de una intención, me pone cada vez más mansa. Y tengo tanto sueño. Pero yo no quiero eso, no quiero queso, y él lo sabe, todo el mundo aquí lo sabe.

Yo siempre he sido sobre todas las cosas una mente (una mentecata). Los frijoles, Dios... ¡!!! se me queman los frijoles !!!!

¿Qué significa esa tontería de irse de viaje? Si aquí adentro, en este cuerpo, está todo.

¿Qué significa que cuando se rompa el hielo debe irse? ¿Qué lamentación es esta?

No es por amor. Es por desamor. Por culpa del calor.

Preveo un gran aburrimiento en las próximas 72 horas.

Al menos no me descontarán un centavo. Tengo un certificado médico. No pude verlo en todo el día de hoy y así serán mis dolencias en los tres días futuros.

Soporto no sé cuáles cosas concretamente, amablemente. Además, no creo que pueda,... ahora mismo acabo de quemar esta cosa. Total, si a mí no me gustan los

frijoles, los hago para él...

El único alivio que siento en medio de mi dolor es el de pensar que sí es sensible, si reconoce el amor, sabrá que soy la única a quien puede confiarse. Alguien que le diga que no le reprocho nada, que lo amo a pesar de todo. Aunque es todo lo contrario. Aunque sabe lo peor.

Debería darse cuenta que nadie lo va a cuidar como yo.

Nadie lo ha querido como yo. No me negará esa ayuda. Al menos, en este instante, sabrá quién es quién. El único alivio es que estaremos juntos allá.

LA MADRE, LINDA CORREA Y JUAN ESTÉVEZ

MADRE: ¿Cómo te atreves a venir aquí?

ÉL: Este es un lugar público.

MADRE: ¿Quién te llamó? Linda está dormida desde hace dos horas... ¿fue ella?, ¿quién fue? ¿Quién te avisó de que había empeorado?

ÉL: Pare ya, cállese.

Linda, incorporándose.

HIJA: Juan, ¿estás ahí? ¡Qué flacucho estás! ¿Estás comiendo bien? ¡Pareces un niño! ¿Qué te han dicho?

ÉL: ¿Necesitas algo? Dentro de poco, es posible que siga tus pasos.

HIJA: No, es mejor que no. Trata de que no.

ÉL: Al menos no tendré que buscarme la comida, y ya el mar me aburría Linda. Nunca aprendí a nadar.

MADRE: Tendrás que buscarte el tubo para ver tu propia mierda, y será peor.

HIJA: Mira. Es el único momento de mi vida en que no he tenido barriga; justo en este momento.

MADRE: Los hombres como tú tienen la culpa de lo que sienten las mujeres con sus cuerpos.

HIJA: Repugnante perra bastarda, no entiendes nada... Este hombre es mío. Yo lo amé. Yo lo maté.

ÉL: Nunca dije nada que la hiciera pensar en algo así, señora. Linda, ¿quieres que ponga mis labios en tu boca? ¿Quieres que te diga cuál es tu perfume preferido? Mira, te he traído los zapatos rojos, la pitillera de plata.

HIJA: Mamá, yo tenía muchos espejos en la casa. Aquí no, aquí sólo me veo en los espejuelos de la enfermera. Juan, Juan, Juan,... necesito un trago,

necesito un beso. Juan, si ya sabemos que me muero, ¿por qué no me muero?

MADRE: Ella hubiera necesitado lo que no le diste. Exactamente eso.

HIJA: Mamá, no traigas la resaca aquí, ahora.

ÉL: ¿Has tomado las medicinas?

HIJA: Cuando las tomo me pongo muy mal, si me hubieras visto hace dos horas, pero va pasando, ya tengo hasta un poco de sed. Mamá, dame agua... después vomito, vomito absolutamente todo. Qué cosa tan agria tengo en el estómago. ¿Te acuerdas de cuando comimos aquella vez en el Polinesio, Juan... eran maripositas chinas... que me cayeron mal, pero después se me pasó y fue una noche maravillosa... Juan, quiero que sepas que yo nunca pensé que..., un reproche, tuyo ni mío, nada. *(Se va poniendo mal, empeora.)*

ÉL: No, no aquí, por favor, no ahora.

HIJA: Sí, es verdad, en otro momento. Quizá el domingo, quizá mañana.

MADRE: Deberías descansar. Yo acompañaré a Juan. Debes estar hermosa mañana.

HIJA: Lo has pensado todo.

ÉL: He pensado en ti. Linda, vine a decirte que...

HIJA: No, tú no me digas nada.

ÉL: Eres una tumba, como se dice, ¿no? Adiós Linda, eres una reina, voy a tratar de pescar algo mar afuera para regresar antes de que te vayas, quiero decir, antes que te duermas.

HIJA: Me habías prometido que... Bueno, Juan, haz lo que quieras, te voy a estar esperando, no te demores mucho. ¡Qué pitillera tan hermosa!

RESULTADOS DEL ANÁLISIS DE LINDA CORREA

Soy muy desgraciada. Sufro más que si tuviera fiebre. Diré a todos que me siento mal, quizá así me entiendan de una vez y por todas. No mentiré mucho más. Tengo los ojos rojos de tanto llorar y el estómago con un peso, que me impide respirar. No puedo decirte nada más, las lágrimas me sofocan.

Desde que recibí el último informe, me dije: "Lo que él ha dicho, yo lo haré." Yo tengo de bueno esto: que sólo es preciso señalarme las faltas que cometo; no me permito un momento de reposo hasta que no haya reparado todo.

Si alguien me hubiera pedido ayuda, lo hubiera hecho con todas mis fuerzas, me hubiera entregado a eso con todas mis fuerzas, porque estaba tan vacía de mí, tan necesitada de los otros, que pensé estallaría de un momento a otro.

Nadie se acercó, nadie preguntó nada, ni siquiera ese tipo de persona que anda buscando una dirección, y uno le contesta, dirección equivocada, *wrong number*, como le dijeron a aquella actriz aquella vez.

Fui tan torpe, no pude contener la risa, no pude terminar la frase más estúpida, enseguida me eché a llorar, ante el primer objeto de mis cuidados, él, mi amante. Él, mi consuelo, él, mi mártir mental, mi joven víctima. Fui tan ángel, tan consoladora, y allí mismo encontré la más triste de las desdichas. Juan, no desfallezcas, no te marchites, y no quiero que envejezcas.

CERTIFICADO DE DEFUNCIÓN

Encontramos la sábana manchada de sangre, como si hubiera estallado la guerra ahí adentro. Era una mujer joven, siempre en esos casos es peor. No había tenido hijos, y las sábanas no sirvieron para más nada. Fue algo tan teatral, qué horrible visión. Los enfermos de las otras camas están muy impresionados, se les dijo que estaba en fase terminal, que era un caso muy raro, pero que el sufrimiento de ella había sido mínimo. Un puro trámite.



Rubén Amavisca enfrente del Teatro Frida Kahlo en Los Angeles



Una cruz rosada en la entrada del teatro en memoria de las mujeres víctimas de actos violentos en la Ciudad Juárez.